
EUROPA EN LA ENCRUCIJADA

Fernando Claudín

análisis y debate



Al cabo de casi treinta siglos del rapto mitológico de Europa, los europeos vivimos bajo un nuevo rapto, esta vez doble, y nada mitológico. Europa, esta vieja creación de la historia, ¿ha entrado en un ocaso irremediable o se encuentra en el principio de un nuevo renacimiento?

Europa mediterránea en la época greco-romana; Europa medieval de la Cristiandad, cuando por primera vez la idea europea adquiere un contenido político; Europa de los Estados dinásticos en el Renacimiento y el Barroco; Europa de las naciones y de las revoluciones, de la industria y de la expansión capitalista; Europa de las guerras europeas y de las conquistas coloniales; Europa progenitora de Latinoamérica y de Estados Unidos; Europa de la libertad, cuna del movimiento obrero y de la democracia moderna; esta historia de Europa, creadora de sus luces y de sus sombras, parece precipitarse en el abismo apenas iniciado el presente siglo. Cuando aún se cree centro eterno del mundo, Europa comienza a perder aceleradamente su protagonismo ante

las dos nuevas potencias emergentes, producto en gran medida de la civilización europea, confirmándose espectacularmente la previsión con que Tocqueville concluía en 1837 el primer volumen de *La democracia en América*.

Por dos veces en veinticinco años Europa intenta suicidarse en la hoguera de la guerra general. El segundo intento, provocado por el sueño demente del racismo hitleriano, no sólo la deja desangrada y postrada, sino partida en dos, dividida en zonas de influencia, que pronto se convertirán en campos avanzados de bloques político-militares encabezados por los nuevos colosos extra-europeos. Apenas liberada del yugo hitleriano, la Europa central cae bajo la dominación de la superpotencia comunista. Para salvaguardar su democracia recién recobrada la Europa occidental se pone bajo la protección de la superpotencia norteamericana, aceptando su hegemonía. A la tragedia continental europea seguirá el gran proceso de descolonización, que será, ante todo, un proceso de liberación contra Europa. Reducida a su cuna geográfica, a esta península de Asia vagamente aludida en la Mitología, Europa parece tocar fondo. El tema de la decadencia europea, que afloró en la literatura y en la reflexión política entre las dos guerras mundiales, cobraba así una actualidad dramática al iniciarse la segunda mitad de nuestro siglo.

La evidencia del naufragio suscita el despertar sobresaltado de la conciencia europea. Con ayuda de la democracia americana se produce el restablecimiento económico de Europa occidental, y con él la posibilidad de consolidar la democracia reconquistada. Pero esta democracia —objetivo primordial de la lucha contra el fascismo— se ve amenazada por la expansión de la dictadura comunista hasta el centro de Europa. Así se hace necesaria la ayuda no sólo económica sino militar de Estados Unidos. Y al mismo tiempo la vieja idea de la unidad europea, tantas veces frustrada, recobra acuciante actualidad, se convierte en proyecto concreto, acicateado por la convicción de que sin esa unidad el renacer de Europa carecería de futuro.

Paralelamente, en la Europa del Este, los regímenes impuestos por Moscú son llamados «democracias populares» y luego «socialismos», pero de hecho son dictaduras de los partidos comunistas locales, sostenidos y dirigidos por el partido comunista ruso. Chocan con la resistencia de las sociedades centroeuropeas que ve en esos regímenes no sólo un sistema opresivo, sino algo extraño a las tradiciones históricas y culturales propias. Las élites intelectuales e incluso relevantes sectores de los propios partidos comunistas tienen que ser sometidos a purgas sangrientas para asegurar la dominación de Moscú. La rebelión de estas naciones estalla en la primera coyuntura favorable, creada por la muerte de Stalin y la llamada desestalinización, pero es aplastada por la intervención o amenaza de intervención de los ejércitos soviéticos. Milan Kundera evoca en un texto reciente —*Un Occidente secuestrado*— hasta qué punto está enraizado en el sentimiento y en la memoria histórica de esos pueblos la conciencia de pertenecer a Europa. Pocos minutos antes de perecer bajo el bombardeo de la artillería soviética, en octubre de 1956, el director de la agencia de prensa húngara lanzó por telex al mundo este mensaje: «Morimos por Hungría y por Europa». Un pensamiento semejante —comenta el gran escritor checo—, «morir por su patria y por Europa», no podría brotar en Moscú o Leningrado, pero sí en Budapest, Praga o Varsovia.

Tras esta reflexión de Kundera hay toda una historia que me lleva a una breve digresión para precisar qué entiendo hoy por Europa, a qué Europa me refiero cuando hablo de su división y de la necesidad de superarla. El concepto «Europa del Este», con el que se designa ahora al conjunto de países europeos incluidos en el bloque soviético, no existía antes de 1945. Hasta la segunda guerra mundial se llamaba Europa oriental a la parte de la geografía europea situada entre las fronteras occidentales rusas

y los Urales. La región habitada por los germanos, polacos, checos, húngaros, austriacos, era conocida por Europa central: la Mitteleuropa de los alemanes. Así como nadie ponía en tela de juicio el carácter europeo de este conjunto —toda su historia política y cultural lo atestiguaba— siempre fue problemática la cuestión de si el imperio del zar ruso, luego heredado por el partido comunista, constituía o no parte de Europa. Aunque un espacio de su geografía es europeo la mayor parte es asiática y en ella habitan pueblos musulmanes —que a comienzos del próximo siglo sobrepasarán demográficamente al pueblo ruso— más otras etnias asiáticas, que evidentemente no son europeas ni por sus orígenes históricos ni en el sentido cultural. Es indudable que la gran cultura contiene una rica veta genuinamente europea, pero en ella tienen relevancia también elementos no europeos, debido a que mientras la Europa occidental y central evolucionaron en el marco de la cristiandad romana, la Europa oriental evolucionó en el área de Bizancio, con fuertes impregnaciones orientales. Por lo demás, el factor cultural no es decisivo por sí mismo, pese a toda su importancia, para caracterizar la identidad de una nación. Nadie considera a Estados Unidos parte de Europa pese a ser una emanación directa de la cultura europea. Ni lo cultural, ni lo geográfico, tomados del proceso histórico global, bastan para definir una identidad nacional o regional. En todo caso, el problema se presenta mucho más claro desde la segunda guerra mundial: convertidas en superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética representan algo claramente diferenciado de Europa; representan, además, el gran poder extraeuropeo que la hegemoniza o domina, según el caso. Pero pese a la evidencia el problema no es baladí, porque en la estrategia mundial del Kremlin figura constantemente la idea de una Paneuropa, que en realidad significaría una Eurasia, del Atlántico al Pacífico, bajo la hegemonía soviética. No admite duda, en cambio, el carácter plenamente europeo de Europa occidental y de Europa central, ahora llamada Europa del Este. *Europa* como tal no volverá a existir plenamente mientras sus dos mitades permanezcan raptadas, separadas por un muro, convertidas en potenciales campos de batalla enemigos. Este es el gran drama europeo y el obstáculo más radical al renacimiento de Europa. Pero este drama y los caminos para salir de él son muy diferentes al este y al oeste del Elba.

En Europa central —nos dice Kundera, reflejando una opinión generalizada en las sociedades de esa región— «es donde, desde hace treinta y cinco años, se concentra el drama de Europa: la grandiosa revuelta húngara de 1956, con la masacre sangrienta que la siguió; la primavera de Praga y la ocupación de Checoslovaquia en 1968; las revueltas polacas de 1956, 1968, 1970 y de los últimos años: ni por su contenido dramático, ni por su alcance histórico, nada de lo que ocurre en la Europa geográfica, ni en el Este ni en el Oeste, puede ser comparado a esta cadena de revueltas centroeuropeas. En cada una de ellas participó la casi totalidad del pueblo y, de no haber sido respaldados por Rusia, aquellos regímenes no hubieran podido resistir más de tres horas». Hay algo, en efecto, que ha escapado a gran parte de la opinión pública de Europa occidental, y no hablemos de la opinión pública española: la razón de esa casi unanimidad en las revueltas centroeuropeas de los últimos treinta años, cuyo secreto reside en que no expresan solamente un descontento político o social sino de rebelión de sociedades que se sienten secuestradas, raptadas de la civilización que las ha configurado a lo largo de su historia milenaria.

Una historia que ha forjado su identidad pero en la que con frecuencia se han sentido víctimas y marginados, más expuestos a las agresiones exteriores o sometidos a otras potencias europeas más fuertes. De ahí que en esta región, nos dice también Kundera, «la vulnerabilidad de Europa, de toda Europa, fuera visible antes y con más claridad que en ninguna otra parte», reflejándose en las grandes novelas centroeuropeas, como *Los sonámbulos*, de Broch, *El hombre sin atributos*, de Musil, o *Las aventuras*

del valeroso soldado *Schwojk*, de Hasek. Visión premonitoria, porque «en nuestro mundo moderno, en el que el poder tiende a concentrarse cada vez más en las manos de algunos grandes, *todas* las naciones europeas corren el riesgo de convertirse muy pronto en pequeñas naciones y sufrir el mismo destino. En este sentido, el destino de Europa central se muestra como la anticipación del destino europeo, en general, y su cultura adquiere de pronto una enorme actualidad». En las propias novelas de Kundera tenemos el ejemplo más fehaciente y actual.

Aun sin caer en una visión tan dramática, hay razones para pensar que tal riesgo existe, en efecto. Ese puede ser el destino europeo si las fuerzas *progresistas* de ambas partes de Europa no son capaces de tensar sus energías morales, de orientar su política interior y exterior, en una dirección convergente. Actualmente existen entre ellas incomprensiones y divergencias, derivadas esencialmente del distinto marco en que se desenvuelven. En el oeste europeo el sistema democrático ampara su acción, y les ofrece un cauce legal para alcanzar la hegemonía, tanto en relación con los problemas internos de cada país como con los problemas internacionales y en particular europeos. La alianza con Estados Unidos ha estado respaldada desde el principio por la voluntad democráticamente expresada de la mayoría de la sociedad, incluida la mayoría de la izquierda. Las relaciones dentro de la Alianza pueden modificarse en función de esa misma voluntad, en función de la capacidad de los propios europeos para avanzar en el camino de su integración económica y política.

Muy diferente es la situación en el este europeo, donde el sistema totalitario no contiene cauces legales para que pueda expresarse la voluntad popular. De ahí que los intentos de las sociedades del este europeo para emanciparse, o al menos adquirir alguna autonomía, hayan desembocado siempre, tras una fase de resistencia subterránea, en explosiones o rupturas duramente reprimidas, con intervención armada de la potencia soviética en caso necesario. De ahí que la vinculación de esas sociedades con la URSS sea de un tipo cualitativamente diferente a la existente entre las sociedades europeo occidentales y Estados Unidos. En un texto nada sospechoso de «atlantismo» suscrito por la profesora británica Mary Kaldor y el secretario general del Consejo Interiglesias por la Paz de Holanda, Mient Jan Faber, se hace una clara distinción entre el concepto de «*hegemonía* norteamericana» y el de «*dominación* soviética».

Bajo la influencia residual pero persistente de la mitología soviética gran parte de la izquierda europea vio con recelo los movimientos liberadores en el Este. Ni siquiera después de las revelaciones de Jrushev sobre el estalinismo y del tardío descubrimiento del Gulag se desprendió totalmente esa izquierda de sus viejas ilusiones. Miró con desconfianza el fenómeno de la *disidencia*, creyó que en la revolución húngara estaba «la mano del imperialismo». Incluso más tarde, ni la intervención soviética para aplastar la «primavera de Praga» y la descarada ocupación militar de Checoslovaquia, ni el golpe militar contra Solidarnosc, suscitaron una respuesta de la izquierda occidental que correspondiera a la gravedad de esos acontecimientos. En el movimiento pacifista ha habido un desequilibrio notorio en la actitud práctica hacia una y otra superpotencia, y sólo en los últimos tiempos han tenido lugar algunas correcciones parciales. Es comprensible que semejante comportamiento suscitara decepción y desconfianza hacia la izquierda occidental en las fuerzas progresistas del este europeo que luchan por la democratización y liberación de sus países, que considerándose profundamente europeas no se ven reconocidas por los que debieran ser sus aliados naturales. En los últimos años, afortunadamente, han ido modificándose estas actitudes en uno y otro lado, hay síntomas de que se va hacia un reencuentro fecundo, pero queda mucho por hacer. Es necesario promover los debates culturales, políticos y teóricos entre las fuerzas democráticas del Este y del Oeste; la búsqueda en común de las vías para el acercamiento entre las dos partes de Europa con la perspectiva, más o menos lejana, de su

reunificación. Sin negar la conveniencia de las relaciones con los partidos comunistas que ejercen la dictadura en la Europa del Este, en los que, por otra parte, existen corrientes diversas, la izquierda occidental debería tener como interlocutores naturales y privilegiados a los intelectuales y movimientos que luchan en condiciones muy difíciles por la democratización de sus países. La izquierda española es probablemente, en el contexto de la izquierda europea, la más atrasada y recalcitrante a este respecto, la que más prejuicios conserva para con los movimientos progresistas de la otra parte de Europa.

El problema de la paz constituye, sin duda alguna, uno de los problemas cruciales de nuestro tiempo para toda la humanidad, en el que se juega su propia supervivencia, pero en el caso europeo involucra, además, la condición necesaria para la «superación de Yalta», es decir, de la división de Europa. La distensión es necesaria para avanzar en esa vía, pero no una distensión que signifique la consagración del *statu quo* político, cosa diferente al *statu quo* de las fronteras. La distensión no debe significar que en Europa occidental los gobiernos dependen del visto bueno de Washington y en Europa del Este del visto bueno de Moscú; no debe significar que la democracia es admitida en el Oeste pero está prohibida en el Este. La distensión no debe ser incompatible con los derechos humanos, con las libertades civiles, con el derecho de los pueblos a regirse libremente, sino todo lo contrario. Tal es el espíritu de Helsinki pero no la manera como es aplicado en el bloque soviético. La distensión no es todavía la paz, pero sí la vía obligada hacia una paz auténtica, que no esté basada en la disuasión nuclear, ni en el equilibrio militar entre bloques antagonistas. Pero precisamente por esto la auténtica distensión crea condiciones más favorables para que las fuerzas sociales de cada país puedan manifestarse, incluso allí donde no disponen de cauces democráticos, y en este sentido puede ser vista como desestabilizadora por aquellos dirigentes de las superpotencias que pretenden mantener su dominación o hegemonía dentro del bloque respectivo.

Ninguna de las dos partes de Europa puede ser realmente independiente mientras la otra pertenezca a un bloque, porque la necesidad de seguridad no puede soslayarse. Pero la manera de vivir esta realidad es diferente en cada una de las partes de Europa. Aquí opera plenamente la diferencia entre *hegemonía* y *dominación*. En Europa occidental la necesidad de mantener el bloque atlántico mientras tenga enfrente el bloque soviético no es reconocida sólo por los gobiernos sino por la mayoría de la sociedad manifestada democráticamente, de la que esos gobiernos son emanación. En la Europa oriental la pertenencia al bloque soviético no responde a la voluntad de las sociedades sino de los gobiernos. No es una especulación teórica sino la lección histórica de 1956, 1968, 1980-81. Para los pueblos de esta zona la disolución unilateral del bloque soviético significaría adquirir la posibilidad de instaurar la democracia y de reincorporarse al resto de Europa. Para los pueblos del oeste europeo la disolución unilateral del bloque atlántico significaría correr el grave riesgo de hipotecar, y a término perder, su democracia. En ambos casos representaría, además, un serio debilitamiento estratégico de la superpotencia respectiva. De ahí que la disolución unilateral de uno u otro bloque pertenezca al reino de lo improbable, por no decir de la fantasía. La disolución de los dos grandes bloques sólo puede resultar de un proceso gradual, interrelacionado, extraordinariamente complejo y, verosímelmente, largo, determinado no sólo por factores internacionales sino internos de cada bloque y de los países que lo integran. En este proceso la aproximación creciente entre las dos partes de Europa puede ser una de las vías más importantes. Pero el obstáculo principal para esta aproximación es la existencia misma de los bloques. Parece, pues, que nos movemos en un círculo vicioso, pero la realidad —afortunadamente— es más dialéctica que los esquemas simples.

En Europa occidental es cada día más patente la voluntad de reequilibrar las relaciones con el aliado americano, y la posibilidad de conseguirlo irá en aumento a medida

que progrese la integración económica, tecnológica y política de la Comunidad europea. En todo caso, los países europeos occidentales no tienen obstáculos internos insuperables para intensificar sus relaciones con los de la otra Europa. Todo depende de que progrese la conciencia de esa necesidad y se traduzca en política de gobierno a través del juego democrático. La dificultad viene sobre todo del Este por las razones ya dichas, pero los gobiernos de esta zona se debaten cada día más entre la presión de sus respectivas sociedades y la obligada sumisión a Moscú. Esta profunda contradicción interna ha generado ya situaciones atípicas, como la transformación del partido comunista checoslovaco en 1968, que no es fácil se reproduzca, sobre todo en ese mismo partido tal como es hoy, pero no puede descartarse *a priori* en otros casos; la situación polaca, en la que el hundimiento del partido comunista obligó a recurrir a un golpe militar para evitar la intervención abierta de Moscú; la situación rumana, en la que la ortodoxia interna es compensada ante la sociedad con una mayor autonomía en política internacional; el importante reformismo húngaro; y también, no en último lugar, las relaciones entre las dos Alemanias, que ya han provocado más de un sobresalto en la atenta vigilancia de Moscú.

Entre los factores que más presionan a favor de un acercamiento entre las dos partes de Europa figuran los intereses y tendencias económicas de ambas, que tienen, en gran medida, un carácter complementario. El principal obstáculo para que se abran paso reside, evidentemente, en intereses opuestos de las superpotencias. Pero este tema será tratado por otro de los ponentes de nuestro seminario.

Es obvio que las posibilidades de avanzar en el acercamiento de las dos partes de Europa no dependen únicamente de éstas sino de la evolución que experimenten las relaciones entre las dos superpotencias, y ella depende, a su vez, no sólo de sus intereses geoestratégicos más permanentes sino de la evolución de las respectivas sociedades y de sus grupos dirigentes. ¿Hacia dónde va la Unión Soviética de Gorbachov? ¿Qué vendrá después de Reagan? ¿De qué manera condicionarán estas incógnitas el creciente papel mundial del Japón y la emergencia de una China en plena modernización? ¿Qué va a resultar de la cumbre Reagan-Gorbachov? Y podríamos citar otros factores mundiales —evolución del Tercer Mundo y de sus conflictos, etc.— cuyo peso es también considerable.

Pero Europa debe contar, ante todo, con sí misma. La perspectiva de una Europa reunificada, dueña de sus destinos, puede parecer utópica en las actuales circunstancias mundiales y europeas, cuando ni siquiera Europa occidental consigue culminar el proceso de su unificación. Efectivamente lo es, pero no se trata de una utopía quimérica. Frente a los ingentes obstáculos, demasiado evidentes, son visibles importantes tendencias económicas, políticas y culturales que convergen desde uno y otro lado de las fronteras que nos dividen. Nuestra tarea, en primer lugar la de los demócratas y socialistas europeos de ambas zonas, es aunar esfuerzos en esa dirección, hacia el renacimiento de una Europa que armonice la cultura humanista de sus mejores tradiciones con el progreso tecnológico más avanzado. Una Europa que sea foco irradiante de paz, libertad y democracia. Una Europa verdaderamente solidaria con los otros pueblos que pugnan por salir del atraso y de la dependencia. Esta Europa no puede ser sólo la occidental. Necesita las fuerzas creadoras de la otra mitad europea.

Este texto fue presentado como ponencia en el Seminario de la Universidad Menéndez Pelayo «Europa en la encrucijada actual», dirigido por el autor del texto, en Sevilla, del 30 de septiembre al 5 de octubre de 1985.
